

Table with columns for subscription types (Capital, Fuera, dem.), locations (Europa y Antillas, Países de la Unión postal), and prices in pesetas.

EL ATLANTICO

Table with columns for ad types (PAGO ADELANTADO, 4.ª plana, 3.ª, 2.ª, 1.ª), lines, and prices in cents and pesetas.

+

**CUARTO ANIVERSARIO
DE LA SEÑORA
D.ª VALENTINA GONZÁLEZ
DE CANALES
que falleció el 28 de febrero de 1890**

Su viudo, don Miguel Canales; sus hijos, Paulino, Miguel y Florentino, hermano y demás familia

Suplican á sus amigos se sirvan encomendar su alma á Dios.

Todas las misas disponibles que se celebren mañana, miércoles, en la iglesia de San Francisco, serán aplicadas por el eterno descanso de su alma.

**Venta de todos los géneros de
EL TOISON**

Se han trasladado al palacio del señor Pombo todas las ricas existencias que en el ramo de tejidos tenía en su establecimiento, titulado EL TOISON, don Rosendo Diego, y que el mismo se propone realizar á precios baratísimos.

Son muy importantes los surtidos en sedería negra, rasesmires, paños Lyon, suahs, rasos y granadinas, y estos mismos artículos en colores, por cuya calidad y baratura se recomiendan.

En telas de tapicería, brocateles, yutes, etcétera, etc., hay cosas riquísimas, como asimismo un surtido en alfombras y cortinajes, cuyos precios son tan económicos, que hay que verles.

Lanería, cortes para vestidos y paños poco menos que regalados.

Artículos de punto. En los de invierno hay calidades riquísimas y por las condiciones de los mismos se agotarán en seguida todas las existencias, así como otros muchos artículos que no se pueden enumerar.

El que necesite comprar, visite este establecimiento y se persuadirá.

**PALACIO DE POMBO
Frente al Suizo**

D. Carlos M.º Conachy
DENTISTA
MUELLE 34, 3.º DERECHA

Horas de consulta: de nueve á doce y de dos á cinco.

SOCIEDAD ANONIMA
PARA EL
Abastecimiento de Aguas de Santander

En cumplimiento del artículo 24 de los Estatutos de esta Sociedad, y por acuerdo del Consejo de Administración, se convoca á los señores accionistas á la Junta general que se celebrará el día 28 del corriente, á las once de su mañana, en el salón de la «Real Sociedad Económica Cantábrica» sito en la calle de Daoíz y Velarde, núm. 25, principal, para deliberar sobre los asuntos señalados en el orden del día, que á continuación se publica.

Los señores accionistas podrán recoger en secretaría, calle de Daoíz y Velarde, núm. 3, piso segundo, antes del día 26, las respectivas papeletas de entrada, previo depósito de las acciones ó resguardos que acrediten su posesión.

Santander 12 de febrero de 1894.—El Presidente del Consejo, Cesar Pombo.

ORDEN DEL DÍA

- 1.º Lectura y discusión de la Memoria, balance y cuentas.
- 2.º Renovación de un Consejero por elección.
- 3.º Nombramiento de tres Consejeros suplentes por orden correlativo de numeración, y
- 4.º Nombramiento de tres accionistas que formen la Comisión de revisión de cuentas del presente año social.

La coalición

La coalición republicana se ha roto; pero ahí está el gabinete de notables, descosido, y no tardará en romperse.

Y cuenta que un ministerio de notables no es tan fácil de componer; por lo menos habrá que ir buscando las piezas con un candil, pues, por más que sea este país el de las notabilidades, no se encuentran aquí los Garzigos á la vuelta de cada esquina.

Y en todo caso la compostura no será barata; sería tan cara, por lo menos, como un gabinete de notables nuevo, ó en buen uso, y... sabido es que la nación española no está en disposición de pagar más lujos de estos.

Roto, pues, el ministerio de notables, no hay más remedio que renunciar á esta clase de gabinetes, y aun de palacios...; y conformarse con una, ó media coalición republicana, que es, por lo visto, cosa que se compone y se descompone á poca costa.

Se rompe la coalición republicana, ó, mejor dicho, se despiden entre sí los partidos republicanos... hasta la vista, al mismo tiempo que se descompone un gobierno monárquico, no el más desprestigiado, aunque tan desprestigiado como el otro... ¿Quién es el muerto? ¿quién se descompone verdaderamente, como un cadáver?

La República... tiempo hace que murió y fue sepultada, y tiempo ha tenido, por consiguiente, de germinar y renacer.

Puede resucitar, con coalición ó sin coalición propiamente dicha, pues en cierto modo coligados quedar los dos principales partidos republicanos, que tienen principios esenciales comunes.

En cambio, los partidos turnantes... han turnado mucho, han vivido muchas vidas y acaso dejan la última impeni-

tentes y al fin se hunden en el abismo, en la eterna muerte de que ya no se resucita jamás.

Buñolería nacional

El Tiempo, tan cariñoso amigo de *La Epoca* y de *El Estandarte* como Silvela de Cánovas, anuncia la aparición de un nuevo periódico canovista, y añade con finísima ironía:

«Están, pues, de enhorabuena estos dos colegas al recibir el auxilio de un periódico que con el ardimiento propio de la juventud, y, según se cuenta, con mayores elementos que ellos, representará y defenderá sus ideas entre la prensa de la mañana.»

Muy bien.

Pero á quien debe felicitarle es al señor Cánovas, que tiene un periódico más.

Sin duda á la política canovista le sucede lo que á aquel general á quien, habiendo mandado disparar un cañonazo al enemigo, le objetaban que no alcanzaría el cañonazo y replicó:—Pues que tiren dos.

El señor Cánovas no alcanzará al señor Silvela, por periódico más ó menos. Le ha ganado mucha delantera el enemigo.

La cosa más prevista que se puede imaginar:

«La Junta de coalición republicana ha examinado en los pasados días la situación de los partidos republicanos en sus relaciones con las bases concertadas de unión, y después de este examen ha creído oportuno aceptar el acuerdo siguiente:

«Cada partido recobra su libertad de acción, sin perjuicio de que se mantengan entre los tres las más cordiales relaciones.»

El acuerdo de la Junta no introduce novedad alguna en la situación efectiva de los partidos republicanos, que no se podía disimular.

Peró es leal y honrado declarar roto lo que está roto.

Para zurzidos malos, bastantes tenemos con los que hacen los fusionistas.

El señor Sagasta goza con frecuencia el privilegio de tener pendiente de su salud á media España, supuesto que la mitad de los españoles han ya descubierto la sencilla verdad de que no pueden llegar eltos á estar peor por malo

que se ponga el jefe del Gobierno.

Dicen, sin embargo, que España ha llegado á ser todo un pueblo moderno, cuando su mayor motivo de preocupación le constituyen los catarros intestinales de un hombre, por fusionista que sea y miliciano que haya sido.

Hasta donde llega esa preocupación lo indican los periódicos, uno de los cuales dice:

«Las noticias que ayer se buscaron con más interés fueron las relativas á la salud del señor Sagasta.»

Será necesario ampliar el parte oficial diario de la *Gaceta*, que hasta ahora solo se refería á las instituciones y real familia restante:

«El señor Presidente del Consejo disfruta de igual beneficio.»

Y después de ésta será necesaria otra cosa:

Que alguien lea la *Gaceta*.

Sigamos enterando al público de la salud del señor Sagasta, pues que es lo que más le interesa:

«El señor Sagasta—dice *El Globo*—pudo dormir algunos ratos, y cuando á las siete estuvieron á verle los ministros de la Gobernación, Estado y Ultramar, pudo conversar con ellos y hablar ligeramente de los asuntos públicos para enterarse que nada nuevo ocurría.»

Hé ahí una enfermedad incurable, crónica, del señor Sagasta:

«Hablar ligeramente de los asuntos públicos.»

Viejo es ya para que esperemos su restablecimiento.

Tomás Berennikov
(CUENTO RUSO)

Habia una vez una mujer ya vieja, y esta mujer vieja tenia un hijo, Tomás Berennikov.

Un día, este Tomás se fue á labrar el campo, y yendo á labrar el campo echó de ver que su yegua estaba en los puros huesos, lo cual le llenó de tal modo el corazón de amargura, que, desalentado, se sentó á orilla del camino...

Cerquita de él, una nube de mosca zumbaba sobre una pila de estiércol. Tomás cogió del suelo una rama que sus pies estaba caída y la sacudió diestra y siniestra sobre aquella nube.

Cuando llegó á cansarse, se rascó el

— 515 —

y al venerable lord Crawford.

En cuanto á mí, me es preciso ser el gentil-hombre de cámara de V. M., y acompañaros á un aposento muy distinto de lo que yo quisiera, atendida la hospitalidad que me acuerdo haber recibido en Plessis. V. M. no tiene que hacer más que escoger séquito: las órdenes del Duque le limitan á seis individuos.

—En este caso, dijo el Rey recorriendo las personas que le rodeaban y después de un instante de reflexión, deseo tener cerca de mí á Olivier le Dain, á unaqueo de mi guarda escocesa, conocido por Cuchillada, á Tristan el ermitaño con dos de los suyos á su elección, y á mi fiel y leal filósofo Marcio Galeoto.

—La voluntad de V. M. será puntualmente ejecutada en todas sus partes, respondió el conde de Creve-Coeur.

Me aseguran, añadió después de haber tomado informes, que Galeoto está cenando muy bien acompañado, pero se le pasará el aviso.

Los demás acudirán inmediatamente á las órdenes de V. M.

—Vamos, pues, dijo el Rey, trasladémonos al nuevo alojamiento que me designa la hospitalidad de mi primo.

Sé que la plaza es fuerte; y espero que no será menos segura.

—¿Oisteis el acompañamiento que ha escogido el Rey? dijo el Glorioso con voz baja al conde de Creve-Coeur, siguiendo á Luis que salía de la sala del banquete.

—Sin duda, mi jovial compadre; y ¿qué tienes que decir á esto?

—Oh! nada, nada absolutamente, sino que es una elección muy rara: un alcahuete de barbero,

— 514 —

del castillo mi regimiento de Walones negros, y triplíquese el número de los centinelas en todos los puntos...

Humbercourt, vos cuidaréis de disponer patrullas de infantería y de caballería que corran toda la ciudad, de media en media hora du ante esta noche, y de hora en hora el día de mañana, si acaso es necesaria todavía esta medida, pues es probable que no desatenderemos el negocio.

Por fin, vigilad bien la persona de Luis, si hacéis algun caso de vuestra vida.

Levantóse de la mesa con el mismo aire de enojo y mal humor, echó al Rey una mirada de enemistad mortal, y partió del aposento con paso precipitado.

«Señores, dijo Luis mirando en torno suyo con dignidad, el dolor por la muerte de su deudo ha causado en vuestro Príncipe un arrebatado de frenesí!

Juzgo que como nobles y caballeros conoceis de masiado vuestro deber, para cooperar con él en alevosas y violentas medidas contra la persona de su señor feudal.»

En este instante se oyeron en las calles las diferentes llamadas de cajas y clarines.

«Nosotros somos vasallos de Borgoña, respondió Creve-Coeur que ejercía las funciones de gran mariscal en la casa de Duque, y como tales debemos obrar.

Nuestras esperanzas, ruegos y esfuerzos todos se dirigirán á restablecer la paz y unión entre V. M. y nuestro amo; pero entretanto, estamos obligados á ejecutar sus órdenes.

Los grandes y caballeros de Borgoña que están presentes tendrán á mucho honor el alojar en su casa al ilustre duque de Orleans, al valiente Dunois

— 511 —

disturbios le inducen á sospechar que haya podido tomar parte en un crimen que me llena de horror.

Si mi huésped quisiese asesinarle en este mismo salón, á mí que soy su rey y su pariente, bajo la falsa suposición de haber cooperado al estermio del Prelado, todos vuestros esfuerzos, lejos de aliviar nuestro destino, le agravarian sin duda.

Así pues, Crawford, retraeos.

Aun cuando debiera ser estas mis últimas palabras, hablo como rey á un oficial mio y exijo obediencia; retraeos, y si os lo reclaman, rendid vuestro acero: yo os lo mando, y vuestro juramento os obliga á cumplir mis órdenes.

—Así es, señor, respondió Crawford retrocediendo algunos pasos y envainando su sable.

Esta es la verdad; pero si me hallase al frente de sesenta y cinco de mis valientes, así como me obligaba igual número de años, por vida mia, quisiera ver como se lucen esos señoritos con sus cadenas de oro y las preseas que brillan en sus sombreros.

El Duque permaneció largo rato con los ojos clavados en el suelo, y dijo en seguida con tono irónico:

«Tienes razón, Creve-Coeur; mi honor exige que no pague tan precipitadamente como había resuelto á impulsos de mi furor, los beneficios que debo á ese huésped virtuoso, á ese gran Monarca, á ese amigo fiel.

¡Caballeros franceses! fuerza es que entreguéis vuestras armas á mis oficiales.

Vuestro amo ha roto la tregua, y no tiene ya derecho á reclamarla.

Sin embargo, por atención á vuestros nobles sen-

del castillo mi regimiento de Walones negros, y triplíquese el número de los centinelas en todos los puntos...

del castillo mi regimiento de Walones negros, y triplíquese el número de los centinelas en todos los puntos...

del castillo mi regimiento de Walones negros, y triplíquese el número de los centinelas en todos los puntos...

«cogote y dijo para sí: ¿Cuántas habré podido dejar muertas?»
 Contó bien hasta quinientas, luego se equivocó; volvió á contar, se le trabucaron los números; perdió la paciencia y se levantó.
 Cuando estuvo en pie se estiró, y cuando se hubo estirado fue á hacer caricias á Thomkina, en cuyo lomo vió doce enormes abejorros, que fue cogiendo uno por uno y aplastándolos con su bota.
 Al llegar la hora, Tomás Berennikov volvió á su casa y dijo á su madre: «Acabo de derrotar á un ejército y de matar á doce gigantes. He resuelto dejar el arado y dar una vuelta por el mundo; arar es para los pazguatos y no para un héroe! Dame tu bendición...»
 Y esto dicho, cogió una vieja podadera, un cuchillo y se colgó al cintero una calabaza.
 La pobre madre lloró, y después de haber llorado bastante se enjugó las lágrimas y le bendijo.
 Tomás cogió á Thomkina por las riendas y se metió camino adelante. Vió campiñas, ríos y montañas, comarcas que ni de nombre conocía; anduvo mucho, trotó un poco, no g. lópó nunca y así llegó á un mojón clavado en un otero, bien presentado á la vista.
 Como no llevaba consigo oro ni plata, agarró un pedazo de greda y escribió con firma pulso en el mojón estas palabras:
 «El héroe Tomás Berennikov, que derrotó á un ejército y mató á doce gigantes, ha pasado por aquí.»
 Largo tiempo, si no fué poco después, Iliá de Mourom llegó á aquel sitio, leyó la inscripción, y dijo para sí: «Preciso es que este Tomás Berennikov sea un gran héroe: solo le falta hacer oro ó plata: un poco de greda no basta.»
 Y sacando del bolsillo un lápiz de plata escribió en el mojón:
 «El héroe Iliá de Mourom ha partido en seguimiento de Tomás Berennikov.»
 Luego Iliá de Mourom picó espuelas, llamó á voces á Tomás apenas le vislumbró á lo lejos, echó pie á tierra y le dijo respetuosamente:
 «Berennikov ¿dónde debo colocarme yo? Delante de tí, á tu lado ó detrás?»
 «¿Detrás! respondió el otro.
 Bien pronto, si no fué largo tiempo después, Alecha Popovitch llegó al mojón, leyó las dos inscripciones, sacó del bolsillo un lápiz de oro, y escribió:
 «El héroe Alecha Popovitch ha partido en seguimiento de Iliá de Mourom.»
 Luego, picó espuelas, voceó desde lejos á Iliá tan pronto como le vió, y le dijo:
 «Iliá de Mourom ¿dónde me he de colocar yo?»
 «Pregúntaselo á mi hermano mayor, el héroe Tomás Berennikov, respondió Iliá.
 Alecha dijo á Tomás:
 «Tomás Berennikov ¿dónde debo colocarme? Delante de tí, á tu lado, ó detrás?»
 «¿Detrás! ¡detrás! — respondió Tomás.
 Los tres continuaron el camino; vieron campiñas, ríos, montañas y comarcas que Tomás no conocía, y así llega-

ron á unos frescos jardines.
 Estos jardines eran los del czar blanco, que guerrea con los in fieles. En cuanto supo la llegada de los héroes, el czar blanco les despachó un correo, que entregó cartas suyas á Tomás.
 «Estoy en guerra con los in fieles —le decía el czar.— ¿Puedo contar con vosotros?»
 Tomás dió vueltas y más vueltas á la carta entre sus manos, hizo un mohín con la cabeza y dijo:
 «¡Sí!»
 Como el rey de los in fieles avanzara á dobles jornadas al frente de un ejército formidable, Iliá de Mourom y Alecha Popovitch se dirigieron apresuradamente en busca de Tomás, que reposaba sobre su anguarina.
 «¿Qué cuentas hacer, héroe Tomás? ¿Iremos á combatir con esos descreídos, ó irás tú?»
 «¡No! —replicó en seco Tomás.— ¡Vé tú, mi buen Iliá, vé tú!»
 Iliá arremetió contra los in fieles y los derrotó.
 Como el rey de los in fieles volviese por segunda vez á marchas forzadas con otro poderoso ejército y seis héroes, Iliá de Mourom y Alecha Popovitch viniera apresuradamente en busca de Tomás que estaba durmiendo sobre su anguarina.
 «¿Qué cuentas hacer, héroe Tomás? ¿Iremos á combatir con esos descreídos, ó irás tú?»
 «¡No! —respondió Tomás.— ¡Vé tú, mi buen Alecha, vé tú!»
 Alecha Popovitch cargó sobre los in fieles y los derrotó.
 Entonces el rey de los in fieles apoyó la cabeza entre sus manos y reflexionó:
 «Me queda todavía un héroe, bravo entre los bravos. Hay que tentar por ultima vez la suerte ó darme por vencido.»
 A tal idea, su corazón se llenó de vergüenza y de cólera. Mandó buscar al séptimo héroe, le abrazó y le dijo:
 «Los héroes del czar blanco han dado cuenta de las nuestros por medio de la astucia y no por el valor. Ten calma, sé prudente y estate atento: abre el ojo, vigila sus menores gestos y acomoda tu conducta á la suya.»
 El héroe se inclinó; y el rey y el héroe, bravo entre los bravos, y su ejército, más formidable que los otros dos reunidos, marcharon á dobles jornadas sobre la ciudad.
 Iliá de Mourom y Alecha Popovitch corrieron en seguida en busca de Tomás que roncaba sobre su anguarina.
 «¿Qué es lo que piensas hacer, héroe Tomás?»
 «¡Dejadme reflexionar! —replicó Tomás.— ¡Yo, yo iré! ¡Que me traigan á Thomkina!»
 Los caballos de los héroes van á través de las llanuras y los bosques y pачen lo que encuentran entre sus cascos; pero Thomkina busca las tierras, y de preferencia las sembradas de avena.
 Iliá de Mourom mira hacia la derecha; luego á la izquierda, y por último de frente: distingue á lo lejos á Thomkina, corre á ella, se apodera de la brida; pero Thomkina se encabrita, caracolea, quiere morder. Iliá, perdiendo la

paciencia, la agarra por la cola, la zarranda como una maza y la lanza por encima del cercado.
 «¡Vaya una jaca! —dice á Alecha.— Ahí se ve bien cómo la fuerza de un héroe no está en su montura.»
 «Así y todo has hecho mal —respondió Alecha.— Si te ha visto Tomás se enojará.»
 Y diciendo esto, saltó el cercado y llevó á Tomás la yegua que cogeaba y renqueaba. Tomás se monta, y al montar, pensaba:
 «Lo que es de ésta, no podré librarme de la muerte. Y no pudiendo evitarla, lo mejor es no verla venir.»
 Y en tanto que Mourom da un latigazo al animal para infundirle ánimo, Tomás saca un pañuelo y se venda los ojos.
 A todo esto, el héroe de los in fieles, alzándose sobre los estribos, le observa, y rugiendo de cólera, murmura entre dientes.
 «¡Qué granuja! ¡Se venda los ojos! Algún ardid hay en eso. ¿Me toma á mi por ganso?»
 Pica espuela á su caballo, enderézale hacia Tomás, y le para en seco á distancia de una lanza: luego, lo mismo que Tomás, se venda los ojos.
 Tomás, sorprendido de no sentirse ya muerto, alza una punta de su pañuelo, y aventura una ojeada, ve de lo que se trata, arranca al héroe su gran sable y le corta la cabeza. Pero ve entonces á lo lejos, el formidable ejército, que compacto como una nube de moscas, avanza engrosado más cada vez. Salta de la silla abajo; agarra por las crines al caballo del héroe, tira con toda la fuerza de sus brazos, le dá de patadas; pero en vano! Allí cercana hallábase una encina secular, á ella amarra el caballo, sube al árbol y del árbol al bruto. Bajo su peso, el fiero animal relucha, se encabrita, y al tirón que dá desarraiga el árbol y escapa á través de las filas de los enemigos arrastrando la encina secular en su frenética carrera. Tomás Berennikov grita: «¡A mí! ¡a mí!» con tan grandes y fuertes voces, que retumban en el valle, resuenan en todos los ecos y por el terror que espanta entre los paganos les dan alas para la fuga.
 La encina hiere el suelo, despójase de la hojarasca, aguza sus puntas, macera los cuerpos, quebranta las armaduras, siega las cabezas, rompe los miembros, tritura los huesos. Pronto de la llanura quedan barridos los vivos, y el caballo del héroe, fatigado, bañado en sudor y en sangre, se para en corto, echando humo por las narices.
 El rey de los in fieles envía en seguida este mensaje á Tomás:
 «Renuncio para siempre á hacer armas contra tí.»
 El czar blanco dice á Tomás:
 «Mete mano á mis tesoros, ó toma la mitad de mis Estados, ó bien recibe de mis manos á mi hija la czarevna, bella como el día.»
 Tomás Berennikov hubiera querido meter mano á los tesoros, quedarse con la mitad de los Estados y recibir de las manos del czar á su hija la czarevna, bella como el día. Pero como el czar blanco no le dejaba sino la alternativa de la elección entre todos estos bienes, vaciló por largo tiempo; luego, refle-

xionando que si se decidía por la czarevna, como era única heredera, los Estados y los tesoros íntegros le serían dados por añadidura uno ú otro día, se echó á los pies del czar y le dijo:
 «Desprecio la riquezas y el poderio. Dame á tu hija.»
 Y dicho y hecho. Tomás Berennikov se casó con la czarevna, y conservó siempre el renombre de héroe invencible.

Ecoss varios

Ha ocurrido en Algeciras una sensible desgracia que ha impresionado profundamente á aquel vecindario.
 Varios muchachos jugaban en la playa é idearon enterrar á uno de ellos, dejándole la cabeza fuera de la arena.
 El pobre muchacho se resistía desesperadamente, pero fueron sus esfuerzos inútiles.
 Los autores de tan bárbara diversión simularon después que se alejaban, y con esta estratagema aumentó el terror de la victima, que gemía y gritaba con el mayor desconsuelo.
 Así pasó largo rato, hasta que, compadecidos sus verdugos, sacaron al infeliz niño de la fosa en que le habían metido.
 La victima de esta broma imprudente enfermó de tal gravedad que falleció á las pocas horas en medio del más espantoso delirio.
 El niño tenía poco más de cinco años de edad.
 La prensa de Madrid, recibida ayer, habla en los siguientes términos del beneficio de Galdós:
 «A noche se verificó el beneficio del Sr. Pérez Galdós, representándose por última vez en esta temporada su hermosa obra *La de San Quintín*.
 El teatro ofrecía un aspecto brillante por el número y calidad de las personas que concurren.
 Al final del segundo acto le fue entregada al autor una artistica corona de plata con cintas de los colores nacionales, regalo de la empresa.
 En el saloncillo, entre varios regalos de sus admiradores, tuvimos ocasión de ver un boceto al óleo, que representa un detalle de un proyecto de techo para el salón de contratación de la Nueva Bolsa, regalo de su autor, don Arturo Mérida.
 Un lindo saco de viaje con neceser, una colección de las obras de Fray Luis de León, un juego de escribanía del señor Tolosa y otros muchos que no enumeramos por falta de espacio.

Al final de la representación fue llamado á escena catorce ó quince veces, recibiendo una ovación parecida á la de la noche del estreno.
 Un joven rico de Aremitz que deseaba casarse, estaba dudoso entre las jóvenes que había visto, y para decidirse las invitó á todas á ir á su casa para admirar las flores de la estufa, y colocó con intención una escoba atravesada en la puerta. Conforme iban llegando las jóvenes, unas saltaban por cima de la escoba, otras la daban con el pie. Una de ellas se agachó, cogió la escoba y la puso de pie en un rincón.
 Esto hizo que el joven se decidiese por ella y la hiciese su esposa, contando con que será una excelente ama de casa.
 Se ha descubierto recientemente que la nieve es un excelente cepillo para limpiar los tapices.
 Restregándolos con un puñado de nieve adquieren aquéllos sus primitivos colores.
 La nieve, en efecto, está compuesta como es sabido, de infinidad de aglutinados, de modo que se amoldan á los relieves y depresiones más complicadas.
 Síguese de aquí, que la superficie de frotación de una bola de nieve es más considerable de lo que parece á primera vista, y que cuando se la pasea sobre un pedazo de tela, acciona como un cepillo sutil y flexible, penetrando por lo menores repliegues, por las menores anfractuosidades, por los más pequeños poros, de donde puede extraerse hasta el último grano de polvo.
 Químicamente considerada la nieve, conocido es que ésta contiene un poco de agua oxigenada y azoada, y nadie ignora qué influencia tan beneficiosa ejercen el oxígeno y el azoe sobre las substancias colorantes.
 De suerte que, en adelante, cuando se trata de limpiar tapices, en vez de usar los acostumbrados cepillos de carda, bastará un puñado de nieve recogido en la calle.
 No cabe duda que, á falta de otros méritos, es este un procedimiento baratísimo.
 Equis.

UNA OLA TERRIBLE

Lo fué, sin duda, la que tuvo que vencer, según un diario neoyorkino, el vapor *Normanna*.
 Este hermoso buque de la línea Hamburguesa-Americana, dice el colega aludido, zarpó de Nueva York para Ná-

timientos y por respeto á la clase que ha deshonrado, y á la estirpe de que se ha hecho indigno, no exigiré que mi primo Luis rinda su acero como los demás.
 Ninguno de nosotros lo rendirá ni saldrá de este salón, dijo en alta voz Dunois, sin estar cierto de la seguridad de nuestro Rey.
 Ningún individuo de la guardia escocesa despondrá sus armas, añadió Crawford, sin órden expresa del rey de Francia ó de su gran Condestable.
 Valiente Dunois, dijo el Rey y vos, mi leal Crawford, vuestro acero me será más perjudicial que útil.
 Confío más, añadió con dignidad, en la justicia de mi causa, que en una vana resistencia que costaría la vida á mis mejores y más esforzados vasallos.
 Rendid vuestras armas; los nobles burguñones que recibirán estas honrosas prendas, os protegerán, como á mí, mejor de lo que pudierais hacerlo vosotros mismos.
 Rendid vuestras armas; el Rey os lo manda.
 De este modo en tan peligrosa crisis mostró Luis aquella admirable resolucion y presencia de ánimo que era lo único que podía salvarle.
 No se le ocultaba que mientras no llegasen á las manos, sería fácil contar con los esfuerzos de la mayor parte de los caballeros burguñones que se hallaban en el salón, para calmar el furor de su amo; pero si se empeñaba una refriega, debía él ser victima con su corto número de defensores, sus más encarnizados enemigos contesaron, sin embargo, que esta vez no hubo en la conducta de Luis circunstancia ninguna que pudiese tildarle de cobardía ni de baja.

No procuró cambiar en frenesí los furiosos transportes del Duque; pero tampoco dió muestras de temor, ni de que se calmara su cólera con bajasas: continuó mirándole con aquella atención tranquila que se nota en un hombre de corazón intrépido que está observando los gestos amenazadores de un loco, y que se halla persuadido de que la serenidad y la firmeza serán un freno capaz por sí solo de reprimir insensiblemente el exceso del mismo frenesí.
 Crawford, obedeciendo el orden del Rey, echó su sable á los pies del conde de Creve-Coeur.
 «Tomadle, dijo, y regocijaos, ya que el diablo lo permite.
 Aquel á quien legítimamente pertenece no se desagrada rindiéndole; pues no hemos tenido libre el campo para medirle con el vuestro.
 «Aguardad, caballeros, exclamó el Duque con el acento de un hombre á quien la cólera permite apenas articular las palabras; guardad vuestras armas: me bastará la palabra que me deis de no hacer uso de ellas.
 En cuanto á vos, Luis de Valois, debéis consideraros como mi prisionero, hasta que justifiqueis no haber sido cómplice en este sacrilego asesinato.
 Conducidle á la torre del conde Herberto; désele facultad de elegir seis personas de su séquito para estar con él.
 Lord Crawford, es preciso que vuestra guardia se retire del castillo; se le designará otro alojamiento honroso...
 Alcense todas las puentes levadizas; ciérense todos los rastrillos; colóquese triple guardia en las puertas de la ciudad; trasládese el puente de barcas á la orilla derecha del río; apóstese en el circuito

un matón escocés, el verdugo y dos criados suyos, y por fin, un pícaro charlatán.
 Allá voy con vos Creve-Coeur; quiero subir un grado más en la ciencia de la bribonería observándolos bien cuando los acompañais al lugar de su destino.
 Al mismo Satanás le hubiera costado trabajo convocar semejante concilio sin poder gloriarse de ser su más digno presidente.
 El loco, á quien todo se permitía, tomó entonces el brazo de Creve-Coeur y se puso á andar con él mientras que, con grande escolta, pero con todas las demostraciones exteriores de respeto, acompañaba al rey á su nuevo alojamiento.



